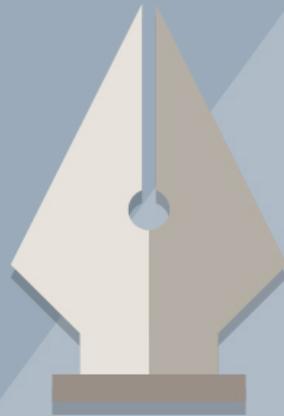


Cuentiembre. El fin de los tiempos

Albert Gamundi Sr

#Cuentiembre

El final de los tiempos



Albert Gamundi Sr.

Capítulo 1

#Cuentiembre#AlbertGamundisr1r relatoEl fin de los tiemposCaminaba hacia el patíbulo con la cabeza alta, el pueblo lo abucheaba con sus lenguas de serpiente a cada paso que daba, una lluvia de verduras y heces caía sobre su cabeza, sentía orgullo por sus actos, en su rostro había una sonrisa dibujada que se sobreponía a los moratones y al labio roto por la paliza. Con los brazos y las piernas atrapados por grilletes no podía danzar como lo había hecho siempre, aunque eso no le impidió detenerse y mover torpemente el resto del cuerpo para zafarse de la plebe. En su cabeza ya no sonaban los cascabeles a su paso, su lengua ya no entonaría los cantos de los guerreros a caballo, ni sus labios volverían a hacer sonar aquella flauta capaz de abrir los cerrojos de la fama, la lujuria y la posterior blasfema de todos aquellos con quien se cruzó. Cuando se detenía a intentar hacer algún número una coz le dolía en el trasero, mientras que su cuello sufría un tirón por parte de su captor. La pena capital era el precio por haber burlado la hija de un conde. A pesar de recibir un brutal trato en el breve paseo de la celda a la escalinata del destino, Botero se desternilló de risa al oír el crujir de la madera, efectivamente se encontraba en el primer peldaño de su final. En lo más alto se encontraba el inquisidor general de la comarca, a su lado afilaba su hacha el verdugo encapuchado. Acompañando la fúnebre estampa había se encontraba el conde, el cual se frotaba las manos con los ojos cargados de venganza.

Botero, nombre por el cual la plebe llegó a referirse a ese hombre anónimo, habría subido los escalones casi dando saltos, si no fuera por el gran peso de las cadenas que lo ataban. Una vez se encontró delante de la plebe, ésta lo insultó hasta dejar sus pulmones sin aire. Durante ese tiempo el verdugo bufaba de ansias por ejecutar al pobre miserable, el inquisidor murmuraba inquieto, mientras que el conde saboreaba el momento como si se encontrase delante de un banquete. - ¡Silencio todos, voy a hablar!-. Gritó el inquisidor con una marcada arruga sobre la ceja izquierda.

La plaza se hundió en un silencio sepulcral. Una brizna de viento sopló por entre los asistentes. - La muerte viene a caballo para llevarse a este maldito-. Pensaba el hombre que le separaría la cabeza del tronco. La respiración de la multitud delataba su ansia de sangre, el espectáculo que representaba una ejecución pública les llevó a dejar sus labores por unas horas. Cuando el hombre de fe consideró idónea la situación despegó sus labios para anunciar los cargos contra el juglar.

- Hermanos, nos hemos reunido aquí para hacer pagar a Botero por insultar a nuestra comunidad con sus actos. Los cargos que se le imputan son los de fornicio, atentado contra el bien del conde, y blasfemias a nuestra fe-. Por ellos pido que sus días lleguen a su fin-. Fueron sus

últimas palabras antes de que una flecha le atravesase la garganta. Las togas blancas del severo líder religioso se vieron impregnadas de negra sangre, tras ella cayó otra flecha más que fue a parar en el cráneo del verdugo, mientras que una tercera flecha falló, pues su destino era el corazón del conde.

Un misterioso monje, que se encontraba tras una columna observaba el espectáculo aterrado, se aferraba al crucifijo que le colgaba del cuello mientras rezaba casi a modo de trabalenguas todos los cantos que conocía. Bajo sus pies el suelo empezó a quemar le las suelas de mis sandalias, entonces, la plebe pareció entrar en un frenesí colérico, los que antes rugían contra Botero ahora corrían a abalanzarse contra el conde, con las manos desnudas o con puñales.

Su cuerpo empezó a sudar de una forma que nunca había experimentado, las ropas se le pegaban a mi generosa figura y me pesaban como en el peor de los días del verano. Las baldosas del suelo se empezaron a resquebrajar por el calor, los cielos se tiñeron de negro y mas flechas empezaron a silbar por encima de la plaza.

Finalmente reparó en que había alguien que disparaba desde lo alto de las torres, cuando una flecha rebotó bajo sus pies. En esos instantes, en lo alto del patíbulo podía ver como el que iba a morir se reía de una forma diabólica. - No puede ser, he llevado una vida ejemplar limpia de vicios, no puede ser el mismísimo Pedro Botero-. Se atragantó con sus palabras el humilde eclesiástico. Cerró los ojos pensando volver a abrirlos y percatarse de que todo era una pesadilla. Consiguió hacer oídos ordos al infierno en el que se estaba convirtiendo la tierra. Su relativa seguridad auditiva se rompió cuando el aire se inundó con el rechinar de cuatro corceles al unisono. El primer caballo que vio era de color blanco, puro como la nieve, sobre él había un jinete sosteniendo un arco en alto. - No se puede tratar de él, esto no puede estar pasando. Tras fijarse en el primer corcel, avistó que tras Botero se encontraba un jinete junto a su respectivo corcel, éste era de color rojo escarlata, a su vez, y clavada en el suelo, se hallaba una imponente hoja de espada. El dueño del caballo rompió las cadenas de Botero con las manos desnudas. Éste se incorporó adolorido y se irguió como un héroe.

La plebe redobló su furia contra el cadáver del conde, en su estupefacción, los ciudadanos se habían alzado contra los ejecutores del juglar. Todos tenían los ojos muy abiertos y clamaban algo que no alcanzaba a entender. Diferentes oleadas de proclamas se convirtieron en el caldo que llenaba aquella olla construida con piedra y la sangre de los prisioneros maltratados en la construcción de la ciudad.

El monje había visto suficiente para creer que aquello no era una simple pesadilla, se convenció de ello cuando vio como del suelo emergían serpientes de diferentes colores, todas ellas espantosas. - Ven aquí siervo

del señor, si aún deseas conservar tu vida-. Le atrajo una mano firme y al parecer cubierta por una piel de metal. El pavorido espectador intentó gritar, pero otra mano de metal le selló la boca. - Grita y te arrojó a los siervos del diablo-. La víctima intentó liberarse de su atadura, pero su resistencia terminó con un golpe en la nuca que lo dejó inconsciente. Ambos hombres desaparecieron de la escena poco antes de que las llamas convirtieran prendieran todo aquello que era material.

Horas después abrió los ojos en una pequeña cueva, en algún lugar que desconocía. - Veo que por fin te has recuperado, deberás disculpar mi fuerza bruta, pero mi costumbre es matar y no aturdir-.

Abordó la figura que salvó a la cabeza de ganado de dios. - Bebe esto y dime tu nombre, necesito que hagas algo por mi antes de dejarte marchar-. El anfitrión le acercó una bota con agua. Se hizo el silencio mientras el huésped bebía con avidez. Cuando terminó de beber, dejó la bota en el suelo y agradeció el detalle con una bendición. - No quiero ser grosero, pero que es esto que huele tan mal aquí fuera?-. Se quejó el monje tapándose la nariz y ajustándose la toga aún impregnada por el sudor. - La respuesta a mi pregunta, si no es mucho pedir, ¿o acaso debo pagar un indulto a la madre iglesia? Porque mi amiga estará encantada de pagar por mi-. Respondió el salvador amenazando con una espada de metal al monje. Después de tragar saliva al notar el frío del acero sobre su cuello articuló algunas sílabas, Mi, ig, el...-. Balbuceó por el terror que le producía la situación. - Es un comienzo, la espada retrocedió dejando una distancia de seguridad entre los dos personajes. - Supongo que te llamas Miguel, tienes un santo nombre, como se le corresponde a un servidor de la iglesia-. Concluyó el interrogador antes de tirar unos mendrugos de pan a sus pies.

- Muy bien amigo Miguel, te diré que sucede. Ahí fuera los campos de trigo han sido devastados, mejor dicho, todo ha sido reducido a cenizas a excepción de la vid y el olivar del monasterio. Estos pedazos duros y grandes de pan es todo lo que tengo, y para que me sean fáciles de roer, he conseguido un poco de aceite. Una pena que no me guste el vino-. Podría ayudarme a sobrevivir al fin de los tiempos. Se hizo el silencio entre los dos. - Hace unas horas pude oír como un caballo relinchaba cerca de aquí, yo me encontraba dentro de unos matojos y pude ver como de un corcel negro descendía un jinete con una balanza en mano, a cada paso que daba aparecían más y más llamas sobre la cosecha.

- ¿Y entonces que vamos a hacer a partir de ahora?-. Preguntó temerosamente el monje. - Para empezar quiero recibir el bautismo, después quiero que bendigas con agua sagrada a mi amiga, cuando termines voy a hacer una visita a Pedro Botero, o tal vez debería decir Satanás...-. El cristiano sintió temblores por todo el cuerpo, de la cabeza a los pies su cuerpo no parecía poder resistir la noticia enderezado. - Para que recibas el bautismo, en primer lugar debes quitarte el yelmo que

cubre tu rostro, te pido este pequeño acto de fe, buen señor-. Con esta petición el pagano individuo se retiró el yelmo, bajo él se liberó una rubia cabellera, que escondía el rostro de una mujer de ojos azules-. Ella de facciones faciales finas lo miró con unos ojos que escudriñaban en los suyos. Miguel se puso de pie y suspiró, ella también se enderezó para estar a su altura. Su cuerpo ntero estaba cubierto por un vestido de metal, al parecer para el monje solo propio de los hombres.

- Termina rápido de bautizarme, no quiero ser por mas tiempo una sierva de herejía-. Lo apresuró con una voz autoritaria. El monje tomó nuevamente la bota de agua, derramó un poco de agua en la palma de su mano e inició una oración breve. Después de ésta mojó uno de sus dedos en el líquido bendito, dibujó una cruz en su frente, no sin tratar de mantener el pulso por tocar a una mujer. Él hizo un gesto para que la guerrera bajase la cabeza, ésta obedeció. El carnoso hombre desenroscó la bota y vertió el resto del agua sobre ella, dando la bienvenida a la comunidad cristiana a la recién llegada. - Yo Celina Seda, procedente de la ruta del producto homónimo, voy a dar mi vida por la causa cristiana-. Afirmó con seguridad en sí misma. - Ahora bendice mi arma, Miguel-. Dijo con dificultades para nombrar a su pastor. Ella se puso de pie y empezó a estirar sus músculos. - Esta cueva parece un lugar seguro para esperar a que esta locura termine, podríamos vivir aquí hasta que nos veamos forzados a desplazarnos-. Sugirió Miguel. - Llevas el nombre de un arcángel y no pareces digno de él, me decepcionas-. Ella, que era una mujer de armas tomar, se hizo con una lanza que escondía al fondo de la cueva-. Un placer haberte conocido Miguel, ahora puedo morir por tu señor con las armas en mano y libre de pecado. Él trató de detenerla agarrando su bota de metal, pero no consiguió detenerla, sin volver la vista atrás desapareció por la entrada a la cavidad. Pudo alcanzar a oír como el relinchar de un caballo se convertía en una fría forma de despedirse, después de eso se hizo el silencio. El monje, avergonzado de su situación, careciendo de forma física y metafórica de los genitales masculinos, decidió buscar en su bolsillo el arma más poderosa de la que poseía, su biblia de bolsillo.

- Ella tiene el acero como aliado, yo tengo la fe en mi señor-. Con estas palabras, se armó de valor el siervo de Cristo. Miguel se puso de pie y encaminó el sendero hacia la salida de la cueva. Tomó aire antes de merodear con la cabeza hacia el exterior. Una vez confirmó que era seguro abandonar el lugar donde se resguardaba se atrevió a caminar hacia el norte. Caminaba a paso lento entre los campos devastados, las chozas de los campesinos aún humeaban por la destrucción, el suelo aún estaba caliente a cada paso que daba. Tenía un mal presentimiento, pero aún así se obligó a avanzar, se embriagó de todos los pasajes bíblicos que consiguió recordar en ese momento. - Tres jinetes han escapado del sello que los guardaba, si no me apresuro y ella se encuentra con el último, será su fin, debo detenerla-. Por primera vez en su vida sintió algo cálido en su corazón, algo que los guisos y las lecturas a la luz de las velas no le

proporcionaban, era su momento. - El único amor puro que existe es el que se profesa a dios, no hay nadie más por encima de él, dios es perfecto-. Murmuraba cuando el corazón le daba punzadas por su preocupación.

Al tiempo que Miguel buscaba el camino que lo llevase de regreso a la plaza donde todo terminó, Celina se encontraba frente a frente con un encapuchado que llevaba una guadaña. - Seré breve, vengo a hacer una visita al juglar que profanó a mi madre-. No hubo respuesta por parte del jinete de la guadaña. La mujer tomó la iniciativa levantando la espada, cortó en dos al jinete y después se sintió satisfecha. Su victoria fue simbólica, si se podía considerar victoria, pues la Muerte se encontraba de pie, tan entera como siempre lo estuvo. - Pero si te he golpeado con un arma bendita, e incluso me he bautizado, ¿Como es posible?-. Se quejó la guerrera antes de ejecutar otro movimiento con la espada. - Nada puede matar a la muerte, solo el hijo de dios pudo regresar entre lo muertos-. Anunció Miguel detrás suyo con una voz casi apagada. Exhalaba aire con dificultad, su condición física se veía delatada por esa situación. - Tu fugitivo amigo tiene mucha razón-. Se rió una voz que les provocó escalofríos a ambos. Hacia ellos avanzó el diablo encarnado en Botero, seguido por una alfombra de serpientes de colores y un amplio séquito de artesanos y campesinos tras él. - Celina tomó una posición de guardia, mientras Miguel volvía a rezar sobre su crucifijo.

- He venido a la tierra para llevarme vuestras almas, me habéis adorado durante todo este tiempo, habéis dado la espalda a Dios, gracias a ello me he visto fortalecido en vuestros corazones. No existe salvación para vosotros-. Sentenció Botero antes de sacar una lira. - Ahora dejad que vuestros miedos y rencores se postren ante mi. El juglar bajo la posesión del maldito tocó una melodía que embelesó a las serpientes en un hechizo, estas empezaron a devorarse entre ellas, hasta que solo quedó una de color negro. El demonio la agarró con las manos y la devoró con placer, el macabro espectáculo hizo que Miguel devolviese lo poco que le quedaba en el estómago. Celina volteó a un lado, pues en un abrir y cerrar de ojos se encontraba un dragón delante de ellos. - Una serpiente que devora a otra se convierte en un dragón, el mal devora al mal-. Anunció la mujer soldado a su compañero, en esos momentos muerto por el terror. Ella, que llevaba el yelmo puesto, se bajó la visera de este escondiendo su rostro. Tomó la lanza que había dejado reposando en el muro de una choza derruida y adoptó una posición de combate, a falta de escudo, empuñando el arma con dos manos. La mujer cargó contra la sierpe que le superaba con creces en tamaño y fuerza. Su piel era verde y roja, escamosa y viscosa como recién engendrada, aquello le permitía raptar con velocidad por el piso.

El engendro evadió con facilidad el ataque de Celina, ella rebufó con desánimo por la situación, pero mayor fue su pérdida cuando vio como Miguel fue devorado de un bocado bajo los cuatros grandes colmillos

afilados como espadas. Ella sintió aflicción en su corazón, sentía dolor por una pérdida, la cual había considerado una carga desde que fue bautizada. Con toda la rabia de su corazón volvió a adaptar la posición la lanza en sus manos, dio un paso atrás y esperó a la carga de la bestia. Ésta se levantó para caer en picado sobre ella y devorarla, Celina que conocía las técnicas de lucha contra la caballería, buscó el estómago de la bestia para hundir su lanza en ella, su oportunidad de vencer era hacer daño en la parte más vulnerable de esa criatura, o la que creía que lo era. - El demonio ha dicho que su fortaleza proviene de la falta de adoración a dios y, probablemente, también se deba su poder a los vicios que han corrompido tanto a la plebe como a la nobleza y el clero-. Se dijo para sus adentros mientras forcejaba con su arma. Bajo el enorme peso de la criatura, la lanza se rompió en mil astillas, la mujer salió despedida hacia un lado y el dragón volvió a la carga. - Serpiente o dragón, tiene mi sangre, técnicamente él es mi padre, pero ¿Será suficiente el bautizo para acabar con él?-. Ella escupió sangre, recuperó aire con el abdomen dolido por el impacto y volvió a prepararse para un nuevo asalto. Esta vez tomó la espada y, con ella, la iniciativa del combate, empezó a blandir su arma con furia, paralelamente la nueva forma de Botero se movía más ágilmente. Cuando se dio cuenta de ella cayó de culo al suelo, de la misma forma que Pablo descabalgó violentamente delante de la luz del señor, la voz de Miguel resonó en su cabeza, éste le recordó cual era la fortaleza del demonio. - Me lo jugaré todo a una carta-. Señor no soy digna de que me prestes tu fuerza, pero si estás ahí dirige mi arma hacia la victoria-. Tal vez fuera la desesperación o un verdadero milagro que ella acertó a pinchar un ojo de la serpiente con la espada.

Mientras la criatura se retorció en dolor, Celina aprovechó la ocasión para rematar la faena.

Entonces, desde el encapotado cielo por las nubes se abrió paso un rayo de luz que la iluminó, su figura se vio reseguida por la luz del sol, olvidó su fatiga por unos momentos y consiguió hundir verticalmente la hoja de su espada en el cráneo del maldito. Retiró la hoja incrustada en la carne con violencia, se preparaba para dar un golpe de gracia, pero una mano firme y segura de sí misma la detuvo. Detrás de él se encontraba Miguel vestido como un arcángel, su rostro esbozaba una leve sonrisa. - Tu papel aquí ha terminado, solo has herido al maldito y retrasado lo inevitable, cuando él se recupere, empezará la verdadera batalla final-. Anunció el arcángel.

Con estas palabras él la besó, transmitiendo la energía de los cielos. Ella permaneció de pie tras su primer beso, después de eso se desplomó en el cielo. De la misma forma que la serpiente escarbó en la tierra hasta desaparecer, las hordas de civiles poseídos por el demonio también lo hicieron. En el suelo restaba Celina, la cual no pudo pecar al no conocer la

fe hasta sus últimas horas de vida.

Inconclusa fue la forma en que terminó esta batalla entre los seguidores de Jehová y Satanás, de la misma forma que termina esta historia. ¿Como terminará este conflicto latente en los corazones de las personas? No lo sabemos. De la misma forma que nadie sabe quien fue el testigo de esta historia y dejó constancia de ella.

5/11/2015 Primer relato